

luchar con tantas dificultades, la Francia le indemnizaba de ellas con su adhesión, que puede decirse era unánime. En los primeros días que siguieron al 18 de brumario todos se habían arrojado en brazos del general Bonaparte, porque buscaban la fuerza donde quiera que estubiese, y porque poniendo la consideración en los actos de aquel hombre cuando muy joven todavía era general en Italia, esperaban que aquella fuerza se emplease en servicio del buen juicio y de la justicia. Solo quedaba una duda la cual disminuía algún tanto el celo con que se adherían á su persona. ¿Se sostendría más tiempo que los gobiernos precedentes? ¿Sabría gobernar con tanto acierto como el que había acreditado en los combates? ¿Pondría término á las turbulencias y á las persecuciones? ¿Se afiliaría en algún partido?... Pero los once ó doce meses ya transcurridos desvanecían visiblemente aquellas dudas. Consolidábase su poder de hora en hora; y con especialidad desde la jornada de Marengo cedían á su ascendiente la Francia y la Europa. Por lo que hace á su talento político, solo había una opinión entre los que le observaban de cerca; opinión según la cual tenía por lo menos tanto de grande hombre de estado como de gran capitán. En cuanto á cual era la dirección de su gobierno era tan evidente como su genio militar. Pertenecía á ese partido moderado que ya no quería persecuciones de ningún género, dispuesto á revocar muchas de las cosas hechas por la revolución, pero también resuelto á no revocarlas todas, sino por el contrario á mantener intactas sus consecuencias principales. Desvanecidas estas

dudas, acudían todos á declararse adictos con el celo propio del júbilo y del agradecimiento.

En todos los partidos se cuentan dos clases de personas: la una numerosa, sincera, fácil de manejar realizando los votos del país; la otra corta en número, inflexible, facciosa, á la cual se desespera en vez de contentarla satisfaciendo aquellos votos, porque se le quitan sus pretextos. Exceptuando esta última clase, todos los partidos estaban satisfechos y se entregaban al primer consul francamente, ó por lo menos se resignaban á su gobierno, si su causa era inconciliable con la de aquel, como por ejemplo los realistas. Los patriotas de 89 (y diez años antes eran casi el total de la Francia), al principio impelidos con entusiasmo á favor de la revolución y poco después vueltos atrás de sus ideas, á vista del patíbulo sangriento, propensos ahora á convenir en que se habían engañado antes casi en todo, creían haber hallado, al fin bajo el gobierno consular todo lo que era realizable según sus deseos. La abolición del régimen feudal; la igualdad civil; cierta intervención del país en sus negocios; no mucha libertad; mucho orden; el brillante triunfo de Francia sobre Europa; todo esto aun cuando muy diferente de lo que antes habían apetecido, muy suficiente en el día á sus ojos, les parecía asegurado. Mr. de La Fayette que bajo muchos aspectos se parecía á aquellos hombres solo que estaba menos desengañado que ellos, Mr. de La Fayette, libre ya de los calabozos de Olmutz por un acto del primer consul, probaba con su celo desinteresado el grande aprecio que aquel gobierno le merecía. Por lo que hace á los revolu-

cionarios mas fogosos que, sin estar ligados á la revolucion por haber tenido parte alguna en sus criminales excesos, se adherian á ella por convenimiento, agradecian al primer consul que se manifestase contrario á los Borbones, y que asegurase su exclusion definitiva de Francia. Aunque ofuscados á veces los compradores de bienes nacionales con la indulgencia que dispensaba á los emigrados, no tenian duda de su firme resolucion de mantener la inviolabilidad de las propiedades nuevas, y se unian á él como á una espada invencible que los defendia del único peligro verdadero para ellos, del triunfo de los Borbones y de la emigracion, conseguido por medio de las armas de Europa.

En cuanto á la fraccion timida, é inofensiva que ante todas cosas pedia no tener ya que temer del partido realista, el cadalso, el destierro y la confiscacion y que por la vez primera en el discurso de diez años empezaba á no tenerlos delante de la vista, vivia casi dichosa, porque para ella no temer, era casi el colmo de la ventura; y todo cuanto el primer consul no daba todavia, se complacia, por decirlo asi, en esperararlo de su administracion. Para los realistas habria sido el grado sumo de la perfeccion ver al pueblo en sus talleres, á la clase media en sus mostradores, á la nobleza en el gobierno, á los Borbones en las Tullerías y al general Bonaparte á su lado gozando de la mas alta fortuna que puede desearse para un súbdito. De todas estas cosas creian columbrar ya tres ó cuatro en los actos y proyectos del primer consul, y en cuanto á la última, reducida á ver de nuevo á los Borbones en las Tullerías, se

inclinaban en su credulidad candorosa á esperarla como una de las maravillas de aquel génio nunca visto ni imaginado; y si la dificultad de creer que entregase á otros una corona que tenia en sus manos influia en el ánimo de los mas previsores, no por eso desmayaban.—Hágase rey, decian, pero que nos salve, pues solo la monarquía puede salvarnos.—A falta de un príncipe legítimo, les parecia aceptable un hombre grande; pero á toda costa tenian necesidad de un monarca.

De este modo, asegurando á los patriotas de 89 la igualdad civil; á los compradores de bienes nacionales y á los patriotas mas fogosos la exclusion de los Borbones; á los realistas moderados la seguridad y el restablecimiento de la religion; y á todos el órden, la justicia, y la grandeza nacional habia conquistado el gran número de hombres honrados y desinteresados de todos los partidos.

Quedaba lo que siempre queda, la fraccion implacable de aquellos partidos á la cual solo puede hacer cambiar el tiempo arrastrándola al sepulcro. Compónenla comumente los mas convencidos ó los mas criminales, y son los últimos que se mantienen firmes en la brecha.

Aquellos hombres que durante el curso de la revolucion se habian manchado en sangre ó distinguido por excesos que era imposible sepultar en el olvido; otros, que sin que tuviesen nada de que acusarse, se habian lanzado á la demagogia por la violencia de su carácter; los furiosos de la Montaña, los pocos que sobrevivieron al famoso *Commune* ó Concejo, los jacobinos y franciscanos antiguos se irritaban en proporcion de los triun-

fos del nuevo gobierno. Llamaban al primer consul tirano, y le atribuian intenciones de hacer en Francia una contra-revolucion completa, de abolir la libertad, y de traer á los emigrados, á los sacerdotes y acaso hasta los Borbones para convertirse en su vil servidor! Otros menos ciegos por la cólera, decian: que pensaba hacerse tirano en provecho suyo, y que queria ahogar la libertad en pro de su interés propio: que era un Cesar el cual hacia necesario el puñal de Bruto: pero hablando de puñales, no hacian mas que hablar; por que agotada hasta lo sumo la energia de aquellos hombres por diez años de escesos, empezaba á convertirse en violencia de lenguaje. Pronto veremos en efecto que no era entre ellos donde debian encontrarse los hombres de puñal. Seguiales incessantemente el rastro la policia, penetrando en todos sus conciliábulos y observándolos con atencion continua. Habia algunos á quienes solo hacia falta pan para su sustento: y por consejo del ministro Fouché se le repartia el primer consul de buen grado, ó si valian algo, procedia con mas tino y les daba empleos; y entonces al decir de los otros, no eran los socorridos mas que unos miserables que se vendian al tirano. Si habia algunos que solo por cansancio mostraban alguna mas calma, venian, como sucedia á la sazón, á algunos personajes famosos, tales como Sainterre y otros muchos, al momento caia sobre ellos la nota de hombres vendidos. Segun costumbre de los partidos, aquellos demagogos incorregibles buscaban en los descontentos verdaderos ó supuestos del dia, al héroe imaginario que habia de realizar sus sueños. No se sabe por qué indicios les habia parecido que

Moreau debia estar celoso del primer consul aparentemente, por que habia ganado bastante gloria para figurar como el segundo personage del estado, y por eso al punto le habian ensalzado hasta las nubes: pero Moreau acababa de llegar a Paris; el primer consul le habia recibido de un modo lisonjero regalándole pistolas guarnecidas de pedreria con los trofeos de sus batallas, y esto habia bastado para que se le calificara de un miserable criado. El demagogo Brune que en su principio mereció todo el respeto y consideracion de aquel partido, habia llamado por su talento la atencion del primer consul y obtenido su confianza recibiendo el mando del ejército de Italia, y por lo mismo debia ser tambien un criado. Por el contrario, Massena despojado con alguna prontitud y aspereza del mando de aquel ejército, se mostraba descontento sin rebozo, y al punto habia sido declarado salvador futuro de la República, y se decia que iba á ponerse á la cabeza de los verdaderos patriotas. Lo mismo sucedia con Carnot, á quien llamaban realista en el 18 de fructidor, y cuya proscripcion solicitaban y obtenian entonces, el cual privado ahora del ministerio de la guerra, volvía á ser á sus ojos un granciudadano: otro tanto sucedia con Lannes que aunque amaba al primer consul, era republicano decidido y se permitia algunas veces frases demasiado significativas, sobre la vuelta de los sacerdotes y de los emigrados: lo mismo sucedia hasta con Mr. Sieyes, odioso al principio á los republicanos por haber sido el principal cómplice del 18 de brumario, y objeto despues de su burla por la manera con que el primer consul habia pagado sus servicios, y finalmente,

ya casi grato á sus ojos por que ponía un semblante frío y desaprobador, el cual habia mostrado á todos los gobiernos. Carnot, Lannes y Sieyes iban á unirse á Massena para restablecer la República en la primera ocasion que se les presentase. Por último, y esto pintará lo bastante la necia credulidad de los partidos moribundos, el ministro Fouché, uno de los principales consejeros del primer consul y el cual nada tenia que apetecer, el ministro Fouché solo por que conocia á fondo á aquellos patriotas, los temia poco y les daba á veces socorros, convencido de que habia mas necesidad de tapar bocas que de desarmar brazos; el ministro Fouché iba á unirse con Massena, Carnot, Lannes y Sieyes para derribar al tirano y salvar la libertad amenazada.

Tambien el bando realista tenia como la faccion revolucionaria sus sectarios implacables, habladores tan crédulos, si bien conspiradores mas temibles. A estos pertenecian los grandes señores de Versalles vueltos ó prontos á volver á Francia; los intrigantes encargados de los tristes negocios de los Borbones, yendo y viniendo de Francia al extranjero para anudar pueriles tramas ó para ganar algun dinero; y por último los hombres diestros en las armas, soldados decididos de Jorge, dispuestos á todos los crímenes.

Los primeros, grandes señores, acostumbrados á perorar se contentaban con decir, algunas frases acerca del primer consul, de su familia y de su gobierno: y vivian en París casi como extranjeros en Francia, dignándose de mirar apenas lo que allí acontecia, aunque solicitando algunas veces ser escludidos de la lista de los emigrados ó

que se alzase el secuestro de sus bienes no vendidos. Con este fin visitaban á madama Bonaparte: aquellos al menos que habian tenido relaciones con ella cuando era esposa de Mr. de Beauharnais: iban á verla por la mañana, nunca por la noche, siendo recibidos en el entresuelo de las Tullerías, donde tenia su habitacion particular; mostrándose porfiados pretendientes mientras allí se encontraban, disculpándose mucho de haber estado allí luego que habian salido; y alegando por disculpa el deseo de servir á amigos desgraciados. Madama Bonaparte incurria en el yerro de prestarse á aquellas relaciones equívocas y su marido aunque se veia tambien importunado por ellas frecuentemente, las sufría no obstante por complacer á su esposa, y tambien por el deseo de saberlo todo y de tener comunicaciones con todos los partidos. Habia pocos de aquellos pretendientes que por sí ó por sus allegados no tuviesen que agradecer al gobierno, si bien no por eso disminuía la libertad de su language. Cuanto se hacia por ellos era á sus ojos una cosa natural y debida: se los habia despojado de sus bienes, y si se los devolvian era esto un deber, y un acto de arrepentimiento por el cual á nadie querian estar agradecidos. Se burlaban de todo y de todo el mundo, hasta de la turbacion de madama Bonaparte, la cual, si tenia vanidad en ser muger del primer hombre del siglo, parecia casi avergonzada de pertenecer al gefe del gobierno; siendo á la vez demasiado buena y demasiado débil en no anonadarlos con el legítimo orgullo que deberia haber sentido. Se burlaban de todo el mundo decimos, escepto sin embargo del primer consul, á

quien consideraban gran general, pero político mediano, sin constancia en sus ideas; favoreciendo un día a los jacobinos, otro á los realistas; y no teniendo voluntad propia sino en la guerra porque la guerra era su oficio; y aun allí todavía se mostraba inferior á Moreau bajo mas de un aspecto. Sin duda habia logrado brillantes victorias; ya aquellos señores convenian en ello; hasta entonces todo se le mostraba propicio pero ¿cuánto tiempo duraria su fortuna?... Cierto que la Europa no era ya capaz de oponerle resistencia; pero vencedor fuera de Francia ¿lo seria tambien dentro de todas las dificultades que le rodeaban? El estado de la hacienda parecia mejorarse, pero el papel, recurso efimero de todos los gobiernos revolucionarios, era todavía el recurso del presente: no se veian por todas partes mas que obligaciones de receptores generales, billetes del Banco de Francia, etc. ¿no acabaria aquel papel nuevo, como todo papel habia acabado siempre? Bien ó mal habia bastantes recursos porque los ejércitos se sustentaban en pais conquistado; pero al concluirse la paz cuando volviesen á su territorio, ¿cómo se atenderia á su subsistencia? Estaba destruida la propiedad territorial, y dentro de poco el contribuyente no podria, ni querria pagar las contribuciones. Se hablaba es verdad, de la satisfaccion de ciertas clases de sacerdotes y emigrados bien tratados por el actual gobierno; pero este llamaba á los emigrados sin restituirles sus bienes: y así eran enemigos trasladados de fuera á dentro que venian á ser mas peligrosos. Llamaba á los sacerdotes, pero sin restituirles sus altares. Estas concesiones á medias servian solo para

hacer agradecidos un día á los que al siguiente se habian de convertir en ingratos. Bonaparte, como le llamaban aquellos realistas, pues nunca quisieron darle su título legal, Bonaparte no sabia hacer las cosas mas que de un modo incompleto. Habia permitido la celebracion del domingo, sin que hubiese osado abolir el *decadi* y Francia entregada á sí misma habia restablecido toda ella el domingo; y no era esta la única cosa de lo pasado que adoptaria de nuevo, apenas se le dejase en libertad, ó se le diese el ejemplo. Al restablecer Bonaparte tan pronto una cosa como otra, empezaba él mismo una contra-revolucion que le arrastraria mas lejos de donde queria ir. A fuerza de resucitar multitud de cosas ¿llegaria hasta restaurar la monarquia, y á restaurarla para sí, haciéndose rey ó emperador? De este modo, vendria á ser la contra-revolucion mas segura, encargándose él de realizarla con sus propias manos: y muy pronto se necesitarian sobre aquel trono restaurado, los únicos principes dignos de ocuparle, de modo que restableciéndose la institucion se habria restablecido para los Borbones (1).

Ocurre á veces que es el odio acertado en sus raciocinios porque se complace en suponer faltas y por desgracia las faltas son siempre lo que hay

(1) No describo á mi antojo á los emigrados de aquella época: el lenguaje que les atribuyo está literalmente extractado de la numerosa correspondencia dirigida á Luis XVIII y traída por aquel principe á Francia. Estas cartas que durante los cien dias quedaron en el Palacio de las Tullerías y se depositaron despues en los archivos de la secretaria de negocios estrangeros, contienen el singular testimonio de las ilusiones y pasiones de aquella época. Algunas están escritas con mucha gracia y todas ellas son muy curiosas.

de mas probable, pero tambien suele acontecer que en su fogosa impaciencia se adelanta a los tiempos. No sabian aquellos frívolos charladores hasta que punto decian verdad; pero no sabian tampoco que antes de que se cumpliesen sus predicciones, se conmovierá el mundo por espacio de quince años, haria aquel hombre de quien tanto hablaban cosas sublimes, y cometeria enormes faltas; y que antes de que todo esto aconteciese, tendrian ellos ocasion de contradecirse; de renegar de su causa; de abandonar á aquellos príncipes, únicos legítimos á sus ojos; de servir á aquel soberano efímero; ¡de bendecirle y de adorarle! Tampoco sabian, que si Francia volvía algun dia al pie de los Borbones, vendria como arrastrada por la tormenta al pie de un árbol secular, y arrastrada solo por un momento!

Mas abajo conspiraban, no con palabras, los intrigantes al servicio de los Borbones; y todavia mas abajo y de una manera mas peligrosa, los agentes de Jorge asalariados con el dinero procedente de Inglaterra. Jorge despues de su regreso de Londres se hallaba en el Morbihan ocultándose á la vista de todos y haciendo el papel de hombre resignado que se vuelve á sus campos, si bien en realidad aparecia implacable habiendo jurado en su corazon, y habiendo jurado á los Borbones morir ó acabar con el primer consul. Imposible era dar una especie de batalla á los granaderos de la guardia consular: sin embargo entre los chuanes habia brazos dispuestos á apelar al último recurso de los partidos vencidos, es decir, al asesinato. Entre ellos se podía reunir una gavilla resuelta á todo, así á los crímenes

mas horribles, como á las tentativas mas temerarias. Ignorando todavia Jorge la ocasion y el sitio que convendria elegir para su intento, los alentaba entre tanto comunicándose con ellos por medio de confidentes, y poniendo á su disposicion los caminos reales para que se procurasen en ellos su sustento, ó dándoles una porcion del dinero recibido con profusion del gabinete británico.

Satisfecho el primer consul con los homenajes de la Francia, y con la adhesion unánime de los hombres sinceros y desinteresados de todos los partidos, se inquietaba muy poco por las expresiones de los unos, ó por las tramas de los otros. Dedicado del todo á su tarea, casi no pensaba en las vanas hablillas de los ociosos, aun cuando distase mucho de ser insensible á ellas; pero en la actualidad estaba demasiado embebido en su trabajo para prestarles grande atencion. No pensaba mucho mas en las tramas dirigidas contra su persona, pues las consideraba como uno de aquellos azares que arrostraba todos los dias en los campos de batalla con la indiferencia del fatalismo. Por lo demas se engañaba hasta en la índole de sus peligros. Habiendo venido el 18 de brumario para arrebatár el mando al partido revolucionario y teniéndole en aquel momento por su principal enemigo, le achacaba todo cuanto acontecia, y al parecer solo miraba con ojeriza á aquel partido. A sus ojos los realistas no eran á lo menos por entonces mas que un partido perseguido al cual convenia sacar de la opresion, y aunque no se le ocultaba que habia entre ellos algunos malvados, con todo, viviendo con los moderados habia ad-

quirido la costumbre de no recelar violencias sino de parte de los revolucionarios. No obstante, uno de sus consejeros procuraba sacarle de aquel error de su entendimiento, y era Mr. Fouché el ministro de policía.

En aquel gobierno, reducido casi á un hombre solo, todos los ministros se habian eclipsado, excepto dos de ellos: Mr. Fouché y Talleyrand. Solo ellos habian conservado el privilegio de ser algun tanto columbrados al través de aquella aureola deslumbradora que rodeaba al general Bonaparte y en la cual se oscurecian todas las figuras, menos la suya. Acababa el general Berthier de sustituir á Carnot en el ministerio de la guerra, porque era mas flexible y mas resignado al modesto papel de comprender y explicar las ideas de su gefe, lo cual hacia con una claridad y precision verdaderamente admirables. No argüia de seguro escaso mérito figurar como digno gefe de estado mayor del mas ilustre capitán del siglo, y acaso de todos los siglos; pero Berthier al lado del primer consul no podia tener importancia alguna, como director de las operaciones militares. En aquel momento llamaba poco la atencion la marina: la hacienda solo exigia la aplicacion firme y perseverante, si bien no visible de algunos principios de orden introducidos una vez para siempre. Por el contrario la policia era de suma importancia á causa de la arbitrariedad sin limites de que estaba armado el gobierno; y al lado de la policia, los negocios estrangeros á causa de las relaciones que iban á restablecerse con el mundo todo. Necesitaba el primer consul para la policia de un hombre que

conociese á los partidos y á los individuos de que estos se componian, y he ahí el origen de la influencia adquirida por el ministro Fouché. En lo relativo á negocios estrangeros, aun cuando el primer consul fuese el primer personage que se podia presentar á Europa, convenia no obstante un intercesor de todos los momentos mas suave que él y mas sufrido, y este era el origen de la influencia adquirida por Mr. de Talleyrand. Dividiáanse, pues, entre si Fouché y Talleyrand la única parte de crédito político de que gozaban entonces los ministros.

No era en aquella época la policia lo que por fortuna ha venido á ser en tiempos posteriores, una simple vigilancia sin poder alguno, encargada únicamente de celar y de afianzar la justicia: entonces equivalia á depositar una arbitrariedad inmensa en manos de un solo hombre, pues el ministro de policia podia desterrar á unos como revolucionarios, y á otros como emigrados vueltos; señalar á todos el punto de su residencia, y aun muchas veces encerrarlos en una casa de correccion, sin temer las revelaciones de la imprenta ó de la tribuna, entonces impotentes y desacreditadas; podia levantar ó mantener el secuestro de los bienes de los proscriptos de todas épocas, restituir ó quitar á un sacerdote su iglesia, suprimir á un periódico que desagradase; y por último, designar todo individuo á la desconfianza ó al favor de su gobierno que tenia entonces para repartir un número extraordinario de empleos, y que tuvo en breve las riquezas de Europa para distribuirlas entre sus hechuras. Aun cuando estaba puesta la policia bajo la autoridad superior y

vigilante del primer consul, el ministro á quien las leyes del tiempo concedian tales facultades, ejercía sobre las personas todas un poder formidable.

Mr. Fouché encargado de aquel poder, antes padre de San Felipe Neri, y luego convencional, era un personage entendido y astuto; ni bueno ni malo; el cual conocia á fondo á los hombres, y especialmente á los perversos; y los despreciaba sin distincion; empleando los fondos de la policia en alimentar á los agentes de motines, lo mismo que en vigilarlos; dispuesto siempre á proporcionar pan ó destino á todo hombre cansado de las agitaciones politicas, procurando de este modo amigos al gobierno, y procurándose los particularmente á sí propio; creándose mas que espías crédulos ó falaces, hombres agradecidos que nunca dejaban de enterarle de cuanto debia llegar á su noticia, y de los cuales contaba muchos en todos los partidos; hasta entre los realistas á quienes sabia contemplar y contener oportunamente. Siempre avisado á tiempo, nunca exagerando el peligro ni á sí propio ni á su gefe; distinguiendo con sumo tino á un imprudente de un hombre en realidad temible; diestro en aconsejar al uno y perseguir al otro; y desempeñando en fin la policia mejor que se ha desempeñado en tiempo alguno; pues esta consiste en desarmar los rencores, no menos que en refrenarlos; ministro superior, si sus intenciones hubiesen sido elevadas, si su indulgencia hubiese dimanado de otro origen que de la indiferencia entre el bien y el mal, ó si su actividad incansable hubiese tenido otro móvil que la necesidad de mezclarse en todo, lo

cual le hacia molesto y sospechoso a los ojos del primer consul dándole á menudo las apariencias de un intrigante vulgar. Por lo demás, su fisionomia inteligente, vulgar, equívoca, revelaba perfectamente las cualidades y defectos de su alma.

Celoso el primer consul de su confianza, no la concedia fácilmente, sino á las personas á quienes estimaba en sumo grado. Servíase de Mr. Fouché; pero desconfiaba de él, por lo cual propendia en diversas ocasiones á suplirle ó á fiscalizarle, facilitando dinero á su secretario Bourrienne, al comandante de París Murat, y especialmente á su ayudante de campo Savary para formarse de este modo muchas policias contradictorias. Pero Mr. de Fouché sabia siempre vencer de torpeza y de puerilidad á aquellas policias secundarias y solo él se mostraba bien informado, y al paso que solia contradecir al primer consul se grangeaba no obstante su voluntad por aquel modo de tratar á los hombres en el cual no tenia parte al amor ni el odio, sino una aplicacion constante á separarlos uno tras otro, de la vida inquieta de las facciones.

Fiel hasta cierto punto Mr. Fouché al partido revolucionario, contemplaba de buen grado sus amigos antiguos, y se atrevia á contradecir al primer consul respecto de ellos, pues conociendo bien su situacion moral, y especialmente á los hombres perversos del realismo, no cesaba de repetir que si habia algun peligro, mas era de parte de los realistas que de la de los revolucionarios, como habria ocasion de conocerlo muy en breve. Tenia además Fouché el mérito que no

conservó por mucho tiempo, de sostener que se procedería con más tino separándose algo menos de la revolución y de sus ideas. Como ya oía decir á los aduladores de la época, que convenia caminar á la reaccion mas de prisa, prescindir de las preocupaciones de la revolución, y establecer alguna cosa parecida á la monarquía menos los Borbones; se atrevia a censurar sino el objeto, á lo menos la imprudencia con que ciertas gentes se arrojaban á buscarle. Confesando al primer consul lo acertado de sus consejos, dados con buen juicio pero sin dignidad y sin franqueza, se sentía admirado si bien no contento; reconociendo los servicios de aquel personage á quien sin embargo no estimaba.

Mr. de Talleyrand representaba un papel enteramente contrario; pues ni profesaba afecto á Mr. Fouché ni tenia con él semejanza alguna. Sacerdotes antiguos ambos, procedentes el primero del alto clero y el segundo del inferior, no tenian entre si otro punto de contacto que el de haberse aprovechado de la revolución para despojarse el uno de las insignias de prelado y el otro de la sotana de congregante de San Felipe. Preciso es confesar que era un espectáculo harto estraño, y espectáculo que retrataba bien á aquella sociedad profundamente trastornada, el que presentaba aquel gobierno compuesto de un militar y de dos sacerdotes que habian abjurado de su estado, y sin embargo de estar compuesto de este modo, no tenia menos brillo, grandeza é influjo en el mundo.

Mr. de Talleyrand, vástago de la mas alta estirpe, destinado á las armas por su nacimiento, condenado al sacerdocio por un accidente que le

habia privado del uso de un pie; sin vocacion alguna á aquella carrera á que le habian sujetado, y figurando sucesivamente como prelado, cortesano, revolucionario, emigrado y por último como ministro de negocios estrangeros del Directorio, habia conservado algo de todos aquellos estados, teniendo mucho de obispo, de magnate y de revolucionario. Sin profesar opinion alguna bien señalada, y si solo una moderacion natural, contraria á todas las exageraciones, apropiándose en el instante mismo las ideas de aquellos á quienes pretendia agradar por interés ó por gusto; espliéndose en un estilo único y peculiar de aquella sociedad que Voltaire habia fundado; fecundo en dichos agudos y punzantes, que le hacian tan terrible como ameno en su conversacion; mostrándose alternativamente afable ó desdeñoso, franco ó impenetrable, era un personage singular, tal como una revolución puede producir solamente; y el negociador mas seductor, pero al mismo tiempo mas incapaz de dirigir como jefe, los negocios de un gran estado, porque para dirigirlos son necesarias una voluntad decidida, miras elevadas, y aplicacion al trabajo, y él no tenia ninguna de estas cualidades, limitándose su voluntad á agradar, consistiendo sus miras en opiniones sobre las cosas que pasaban, y siendo nulo su trabajo. Era en una palabra un embajador completo, pero de modo ninguno un ministro director, entendiéndose que ha de tomarse esta espresion en su acepcion mas elevada. Por lo demas no tenia otro papel bajo el gobierno consular, pues el primer consul á nadie consentia el derecho de tener opinion en los puntos capitales de la guerra ó de la diplomacia. Apar-

te de esto solo, le empleaba en negociar con los ministros estrangeros segun sus propias ideas, lo cual desempeñaba Mr. de Talleyrand con un arte que nunca será sobrepujado. No obstante, tenia un mérito moral; y era amar la paz bajo un superior aficionado á la guerra, y de dejar traslucir que así pensaba. Dotado de delicado gusto, de esquisito don de gentes, y hasta de una pereza provechosa, podia prestar verdaderos servicios sin mas que oponer á la facundia de palabra, de pluma y de accion del primer consul, su sobriedad, su perfecta mesura, y hasta su inclinacion á no hacer nada; pero influia poco en el ánimo de aquel señor imperioso y al cual no imponia respeto, ni por su talento ni por su sinceridad ó fé en las opiniones. Por eso no tenia sobre él mas imperio que Mr. Fouché, y aun acaso tenia menos, aunque era con mas frecuencia empleado, y visto con mas gusto.

Por otro lado Mr. de Talleyrand decia todo lo contrario de lo que decia Mr. Fouché, y como partidario del antiguo régimen, escepto de las personas y de las preocupaciones ridiculas de otros tiempos, aconsejaba rehacer lo mas pronto posible la monarquía ó una cosa equivalente, valiéndose de la gloria del primer consul á falta de sangre real; y añadiendo, que si deseaba tener una paz pronta y duradera con la Europa, convenia apresurarse á tener con ella semejanza. Así, mientras el ministro Fouché aconsejaba en nombre de la revolucion no caminar demasiado aprisa, Mr. de Talleyrand aconsejaba en nombre de la Europa no caminar tan despacio.

Gustaba al primer consul el buen juicio vulgar

de Mr. Fouché y se recreaba con la agudeza de Mr. de Talleyrand, sin creer absolutamente ni á uno ni á otro sobre materia alguna; y por lo que hace á su confianza la habia depositado entera, no en uno de estos dos personajes sino en su colega Cambaceres. Este, de talento poco brillante, pero de singular criterio, profesaba al primer consul un cariño ilimitado. Habia pasado diez años de su vida temblando al verse bajo el mando de proscriptores de todas clases, y por eso tenia como amor tierno al señor poderoso que alcabo habia venido á proporcionarle la facultad de respirar con mas desahogo, é idolatraba en él, á la par que el superior entendimiento, á su persona de la cual no habia recibido ni esperaba recibir mas que beneficios. Conociendo las debilidades de los hombres hasta de los mas ilustres, aconsejaba al primer consul como conviene aconsejar cuando quiere uno sea entendido, con absoluta buena fé y miramientos sin tasa, nunca para hacer brillar la opinion propia, siempre para ser útil á un gobierno al cual amaba como á sí mismo aprobándole siempre en público, en todo y por cualquier acto, no atreviéndose á desaprobárselo sino en secreto, y en conversacion privada con el primer consul; callándose cuando ya no habia remedio, y cuando la crítica no podia ser mas que un placer vano de vituperar, hablando siempre y con un valor muy laudable en el mas tímido de los hombres cuando era tiempo de precaver una falta ó de influir en la direccion general de los negocios. Y como si fuese necesario que un carácter que se contiene sin cesar rompa por algun lado, el consul Cambaceres ostentaba pueril vanidad con sus inferiores, vivia

con algunos cortesanos subalternos, quienes quemaban en su presencia un incienso grosero, se paseaba casi todos los días en el Palacio real con un traje ridículamente magnífico, y buscaba en la satisfacción de una glotonería que llegó á hacerse proverbial, deleites que bastaban á su alma vulgar, aunque dotada de prudencia. Al cabo importaban poco algunas extravagancias, en sugeto cuya razon era tan superior.

El primer consul perdonaba de buena gana las rarezas de su colega del cual hacia mucho caso; apreciando en él aquel buen juicio nada comun que todo lo esclarecia con luz verdadera aunque templada. Apreciaba sobre todo la sinceridad de su afecto, y se reia de sus extravagancias; pero con miramientos; haciéndole el mayor obsequio posible que era el de no franquearse con nadie mas que con él, ni cuidarse de otro parecer que del suyo. Así solo permitia á este personage algun influjo, influjo apenas sospechado y por lo mismo muy grande.

Era Cambaceres sobre todo á propósito para templar los arrebatos de su colega contra ciertos hombres, y en su precipitacion sobre ciertas cosas. En medio del conflicto que habia entre dos inclinaciones opuestas de las cuales una impelia á la reaccion violenta, y otra la resistia y combatia, Cambaceres inflexible cuando se trataba de la conservacion del orden, en lo demas opinaba porque se caminase con menos precipitacion. No disputaba sobre el objeto á que iban encaminadas las cosas, pues por el contrario decia continuamente que se diese algun día al primer consul todo cuanto poder fuese necesario, pero no dema-

siado pronto. Quería sobre todo que prefriese la realidad á la apariencia y el poder verdadero á lo que no era mas que mera ostentacion. Un primer consul con facultad completa de hacer cuanto quisiese en beneficio público valia mas en su opinion que un príncipe coronado, con facultades limitadas. Obrar, pero sin ruido, y sobre todo no obrar nunca con demasiada precipitacion, componia toda su ciencia la cual si no revelaba genio, probaba á lo menos suma prudencia, y ambas cosas son necesarias para fundar un gran estado.

Tenia Mr. de Cambaceres para el primer consul, otra especie de utilidad, ademas de la de aconsejarle con una superior fuerza de razon, y era la de gobernar el Senado. Este cuerpo, como ya hemos dicho, tenia una inmensa importancia, pues que hacia todas las elecciones y en los primeros momentos habia sido abandonado hasta cierto punto á Mr. Sieyes como en resarcimiento del poder ejecutivo conferido del todo al general Bonaparte. Mr. Sieyes satisfecho al principio con abdicar y residiendo en su tierra de Crosne, empezaba á experimentar algun enojo por su nulidad, pues nunca ha habido abdicacion sin arrepentimiento. Si hubiese tenido arrojo y constancia, habria podido arrancar al primer consul el Senado, y entonces no habria quedado mas recursos que un golpe de estado; pero Mr. Cambaceres sin ruido, sin ostentacion é insinuando poco á poco en aquel cuerpo, ocupaba allí el terreno que le abandonaba la negligencia de Mr. Sieyes. Sabíase que por su conducto era indispensable dirigirse al primer consul, origen de todo favor y á él se dirigian en efecto: y se aprovecha-